

13. PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Introducción. El sembrador es aquel que posibilita nuestra vida diaria, real y concreta. Hay vida porque el sembrador, creador y dador de vida, no se cansa de sembrar su vida en nuestra tierra estéril que está llamada a ser fértil y dadora de frutos. Toda la parábola subraya algo esencial en nuestra comprensión identitaria: somos barro. La etimología del nombre bíblico de Adán proviene del hebreo “adam”, que significa “hombre” o “humanidad”. Este nombre está estrechamente relacionado con la palabra hebrea adamá, que significa “tierra”. Ser humano es reconocer que somos tierra, barro, fragilidad animada y vitalizada por un sembrador que la llena de vida. Estas conexiones implican que el significado básico de nuestra identidad y revelador, es que somos “hechos de tierra”. *«Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2,7).* El sembrador que echa las semillas de forma abundante y generosa sobre todas las diferentes superficies de la tierra, es el mismo que insufló su aliento divino, su beso amoroso, su semilla de vida sobre aquel barro inerte que era lo humano. Y los hizo ser viviente. Ese es el efecto de las semillas de vida, que resucitan lo muerto, que dan vida a lo inerte, que convierten en fruto lo estéril.

Lo que Dios nos dice. *«Escuchad: salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno». El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Otros reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumben. Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno» (Mc 4,3-8.14-20).*

Jesús habla en la parábola de cómo la semilla del aliento de Dios, las manos alfareras de Dios, amasan, abrazan, se entremezclan con la realidad humana, con nuestro polvo, con nuestro barro, con nuestra tierra. Y si Dios comienza a sembrar y hay obstáculos para que la semilla germine, no se cansa, lo vuelve a intentar.

«Anda, baja al taller del alfarero, que allí te comunicaré mi palabra». *Bajé al taller del alfarero, que en aquel momento estaba trabajando en el torno. Cuando le salía mal una vasija de barro que estaba torneando (como suele ocurrir al alfarero que trabaja con barro), volvía a hacer otra vasija, tal como a él le parecía. Entonces el Señor me dirigió la palabra en estos términos: «¿No puedo yo trataros como este alfarero, casa de Israel? —oráculo del Señor—. Pues lo mismo que está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel» (Jr 18.2-6).* ¿Por qué no sale bien la vasija del alfarero? ¿Por qué la semilla no da frutos? ¿Qué le pasa a la tierra para que no sea esponjosa y fecunda? Jesús nos da luz para reconocer cuales son los obstáculos y las dificultades para acoger la semilla. La primera dificultad es no querer ser tierra. No aceptar que somos barro. *«¡Ay del que pleitea con su artífice, siendo una vasija entre otras tantas! ¿Acaso le dice la arcilla al alfarero: “¿Qué estás haciendo? ¿Tu obra no vale nada?”? ¡Ay del que le dice al padre: “¿Qué has engendrado?”», o a la mujer: “¿Qué has dado a luz?”!» (Is 45,9-10).*

Cómo podemos vivirlo. Ese no querer ser tierra es lo que hace vivir en la queja, en las excusas continuas, en la negatividad, en el revolvernos frente a la realidad. El sembrador esparce la semilla de forma generosa, como queriendo llegar a toda la realidad, a toda superficie, que la semilla llegue a todos. Es abrazar nuestro barro como lugar donde la vida puede crecer, lugar del milagro, lugar de renovación. Dios quiere que el aliento de vida inunde toda la realidad. La tierra que está junto al camino está más apelmazada porque está más pisoteada. Las personas más reacias a recibir el amor de Dios, es porque han sufrido más. Porque han pasado muchas veces por encima de ellas. El sembrador nos envía a todas las tierras, a todos los barro, a todos los lodos, para que los amemos, para que los restauremos, para que como en Valencia durante la Dana, saquemos la belleza que esconde todo el barro derramado, pero que esconde unas semillas preciosas y listas para germinar del Reino de Dios.